

ta sobre una bandeja. Presentósele á Pedro, diciendo:

—Abajo esperan la contestación, señor.

Pedro tomó la carta, miró la letra, y en vez de abrir el sobre se la tendió á Olivier. Este reconoció la letra de Ely. Devolvió la carta á Pedro, y le preguntó:

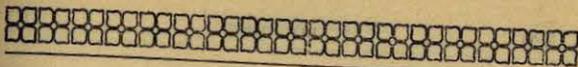
—¿Qué piensas hacer?

—Lo que te he prometido—respondió Pedro.

Y volviendo á su habitación, metió la carta cerrada en otro sobre. Escribió él mismo la dirección de la señora de Carlsberg y el nombre de la quinta. Después volvió al pasillo y dijo al criado:

—He aquí la respuesta.

Y cuando tomó el brazo de Olivier, pudo notar que éste temblaba más que él mismo.



XI

ENTRE DOS DRAMAS

Sin inquietud ninguna esperaba Ely la respuesta á la carta que había escrito á Pedro. Escribióla tan pronto como se marchó Olivier, por el instinto, la necesidad irresistible de confortar su espíritu con aquella ternura tan sencilla y profunda, después de la cruel escena que tanto la había mortificado. Ni por un momento hizo á Olivier la injuria de sospechar que, arrastrado por la furia de su odioso amor, se vengase destruyendo la imagen que Pedro se formaba de ella, imagen tan distinta de su pasado pero tan llena de verdad al presente. En la carta que dirigió á Pedro nada le decía que no fuera repetición de lo dicho tantas veces: que le amaba, y le amaba con todo el fuego de su corazón. Tenía la seguridad de que él la contestaría con frases de amor, con lo que sentiría una dicha nueva, aunque se sabía de memoria aquellas dulcísimas expresiones. Cuando tuvo entre las manos el sobre en el que Pedro había escrito el nombre de ella, le pesó en su mano con infantil contento, pensando que la enviaba una extensa carta. ¡Qué bueno es! se dijo. Desgarró el sobre con

un afán bien pronto transformado en espanto. Miró su propia carta sin abrir, y después otra vez el sobre con su nombre. ¿Era posible tal afrenta de su «dulce amante», como ella acostumbraba á llamar á Pedro con la suavidad propia del profundo afecto, de aquel Pedro que la noche antes la estrechaba en sus brazos con tanto respeto como idolatría? La duda no era posible. El nombre y las señas estaban escritas por la mano del joven. ¡Devolvía la carta á su querida sin haberla abierto! Después de la terrible explicación de momentos antes, aquel acto significaba un rompimiento, y la razón de él aparecía á los ojos de Ely con una terrible evidencia. No podía conocer la verdad exacta: los celos de Berta, despertados por tantos indicios, y el drama interior que había obligado á la joven á solicitar la ayuda del confidente de su marido, llamamiento desesperado y revelador de la verdad. Había en todo aquel caso una sucesión de casualidades imposible de ser adivinadas, mientras que lo que parecía más probable era una indiscreción de Olivier, tan conforme con la habitual bajeza del orgullo masculino cuando es muy herido. No buscó Ely otra causa para la espantosa revolución del alma de Pedro, de la que tenía ante los ojos una prueba más indiscutible, más afirmativa que todas las palabras. Los detalles de la catástrofe se reconstituían de una manera sencilla y lógica: Olivier la había abandonado loco de rabia y de deseo, de celos y de humillación, y en un acceso de semilocura había faltado á su honor; había hablado. ¿Qué había dicho...? Todo.

A esta sola idea helábase la sangre en las venas de

la infortunada mujer. Desde el instante en que, en el muelle del puerto de Génova, Hautefeuille le había mostrado el telegrama que anunciaba el regreso de Olivier, había Ely pasado por tan terribles horas, que parecía que su pensamiento debía haberse adaptado á la idea del peligro, admitiendo la posibilidad, por lo menos, de aquel suceso. Pero el corazón conserva siempre, cuando ama, tal energía de confianza, tal poder de ilusión, que Ely llegaba á aquella prueba tan poco dispuesta para ella, tan poco resignada como todos llegamos á la muerte. ¡Ah! ¡Si ella hubiera podido ver á Pedro en seguida, hablarle á su vez, defenderse, explicarle lo que en otra época había sido y por qué, lo que era ahora, su lucha y su deseo de confesárselo todo la primera, habiéndose callado por el temor de perderle, por el temor de causarle daño, por amor, en suma, por amor únicamente! ¿Verle? Pero ¿dónde? ¿cuándo? ¿cómo? ¿En la fonda? El no la recibiría. Olivier estaba allí, vigilante, guardándole... ¿En casa de ella? El no volvería más. ¿En una cita? No podía solicitarla. Pedro no abriría su carta. En aquella naturaleza tan primitiva en el fondo, se rebeló el salvaje espíritu de sus antepasados de la Montaña Negra. En medio de su pesar experimentó un impulso de violencia desenfrenada, que se tradujo en una carta escrita á Olivier, al infame denunciador. En aquel momento le despreciaba con toda la fe que había tenido en su lealtad, con todo el amor que sentía por Pedro. La nueva carta era ineficaz é indigna también de los deberes que para consigo misma tenía Ely; pero dar libre curso á su furor contra Olivier, era hacer algo en el sentido de su pasión

por el otro. Además—pues, removiendo el fondo más íntimo de nuestra alma, el dolor hace que se alce ese último resto de esperanza que persiste en nosotros por encima de toda desesperación—; además, ¿quién sabía si Olivier, puesto frente á frente de su propia infamia, no se arrepentiría de ella y diría á su amigo: «No es verdad; he mentido: no he sido el amante de esa mujer.»? Todo Este huracán de locas ideas, de vanas cóleras y de más vanas hipótesis, iba á chocar contra un nuevo suceso tan brutal como el otro. Ely había enviado la carta á Olivier, por conducto de uno de sus criados, hacia las siete. Media hora después, y en tanto que acababa, febril por la espera, su tocado para la noche, el criado había traído la respuesta: un gran sobre cerrado dirigido á la señora de Carlsberg, y en este sobre, su carta sin abrir.

¡De modo que los dos amigos estaban de acuerdo para dirigirla el mismo insulto en la misma forma! Para el caso, como si Ely les hubiera visto estrecharse las manos y jurar un pacto de alianza contra ella en nombre de su amistad. Por vez primera su alma, extraña por costumbre á todas las mezquindades de su sexo, experimentó contra aquella amistad esa especie de odio irrazonado que todas las queridas vulgares sienten por los camaradas de su amante, ese instinto de antipatía del género femenino contra los sentimientos de un hombre exclusivamente varonil. Durante las horas que siguieron á aquel doble ultraje, no fué únicamente la mujer enamorada que al perder al que ama pierde toda su alegría de vivir, sino que experimentó el furor de los más extraños celos. Sintióse celosa del afecto de Olivier,

del que éste inspiraba á Pedro. En la desesperación que la producía la seguridad del más cruel abandono, experimentó una nueva pena á la idea de que aquellos dos hombres eran dichosos con el triunfo de su fraternal ternura, que vivían bajo el mismo techo, que se hablaban, que se estimaban, que se querían. Impresiones de esta clase no concordaban, ciertamente, con su magnanimidad nativa; pero los sentimientos extremos desnaturalizan el corazón. Transforman en brutal al sér más delicado, el más confiado pierde este poder, el más cordial se hace misántropo. No hay más completo prejuicio que el que contiene este verso célebre:

«El hombre es un aprendiz, y su maestro el dolor.»

Un maestro, sea; pero de egoísmo, de depravación. Para no corromperse con el sufrimiento preciso es aceptar la prueba como un castigo y como un medio de redención. No es el dolor entonces el que nos mejora, es la fe. Sin duda, á no ser la pobre Ely la nihilista que cree, como había dicho enérgicamente, que no hay un más allá, la fatalidad que caía sobre ella hubiérala hecho ver claro y reconocer el influjo de una misteriosa justicia, más fuerte que nuestra intención, más infalible que nuestros cálculos, y que castigaba su doble adulterio con la amistad de los dos que habían sido sus cómplices. Pero no veía en el golpe que la enervaba más que la innoble venganza de un antiguo amante, y este sufrimiento sólo degradarla podía. Todas las virtudes de generosa indulgencia, de tierna bondad, de escrúpulo sentimental, que su amor, lleno de espontaneidad y de entu-

siasmo, habían despertado en su corazón, se escapaban de él, siendo reemplazadas por sus peores y más odiosos instintos, ante la idea de que aquellos dos hombres, á los que había pertenecido, y á uno de los cuales amaba locamente, la despreciaban juntos. ¡Veía en su imaginación á Pedro, á su Pedro, que veinticuatro horas antes se encontraba á su lado, lleno de amor, exaltado, dichoso! Y toda su ambición se fundía en una crisis de lágrimas en la que gritaba el adorado nombre. ¿Para qué? ¡Aquel á quien dirigía tan apasionados suspiros, ni escucharlos hubiera querido!

¡Qué noche pasó la desventurada á solas en su habitación! ¡Cuánto ánimo necesitó para no permanecer así todo el siguiente día, con las ventanas cerradas, las cortinas echadas, para huir del día, de la luz, de sí misma, abismada en la noche y en el silencio, en lo que más se parecía á la muerte! Pero, hija de un militar y mujer de un príncipe, tenía ese rasgo distintivo de la educación dos veces militar: la absoluta exactitud para mantener sus promesas, que hace que, al través de todos los sucesos, la voluntad bien disciplinada ejecute á hora fija la consigna aceptada. Ely había prometido la víspera interceder con Dickie Marsh en favor del marido de Ivona, y al mediodía tenía que dar la respuesta. Por la mañana, su laxitud era tan grande, que creyó que le sería preciso escribir á la señora de Chesny para demorar la respuesta y la vuelta precisa al yate del americano. Después se dijo: «No... Hay que tener valor.»; y á las once de la mañana, puesto sobre el rostro un velo blanco que ocultaba sus ojos enrojecidos y sus alteradas faccio-

nes, descendía de su carruaje ante el muellecillo al que la *Jenny* estaba amarrada. Al ver bajo el cielo pálido, por efecto del calor, dibujarse el aparejo del yate y su blanco casco, recordó su llegada sobre las mismas piedras llenas de sol, en el mismo coche, casi á la misma hora, quince días antes, y la profunda alegría que sintió al ver á Pedro, que desde el barco espiaba su llegada con gran ansiedad. Aquellas dos semanas habían bastado para que su romántico y tierno idilio se transformase en una siniestra catástrofe. ¿Dónde estaba su enamorado de la partida para Génova? ¿Dónde ocultaba la terrible pena sufrida á causa de ella, y que ella ni aun consolar podía? ¿Habría ya abandonado á Cannes? Desde la víspera por la noche, la idea de que Pedro había huído de ella tal vez para siempre, la oprimía sin cesar el corazón. Entretanto, devoraba con los ojos aquel yate en el que tan feliz había sido. Estaba ahora lo bastante próxima á él para poder contar los tragaluces, cuya línea pasaba justamente el empalletado de una balandra amarrada junto á la *Jenny*. El séptimo era el que daba luz á *su* camarote, al asilo nupcial donde los dos amantes habían gozado la embriaguez de su primera noche de amor. Un marinero, sentado sobre una silla móvil suspendida al empalletado, daba brillo á la parte exterior del barco con un escobón que mojaba en una gran cubeta. La trivialidad de este humilde trabajo, ejecutado en aquel momento y en aquel lugar, acababa de dar á aquello un carácter de contraste tan amargo, que hizo mal efecto á la joven. La emoción la ahogaba al subir por el puentecillo que conducía del muelle

al barco, y su agitación era tan visible, que Dickie Marsh la preguntó qué tenía, faltando por una vez al gran principio anglosajón de evitar lo *personal remarks*.

—No tengo nada—respondió Ely—, ó por lo menos nada que me concierna.

Y tomando de aquella pregunta un pretexto para empezar la conversación, en seguida añadió:

—Si me ve usted agitada, es por lo que acabo de saber por Ivona.

—¿Quiere usted que vayamos al salón de fumar?—dijo el americano, que se estremeció al oír el nombre de la señora de Chesý—. Allí hablaremos más á gusto.

Efectivamente: Ely había sido introducida en la *oficina* donde Marsh estaba de continuo. El ruido de la máquina de escribir, manejada por uno de los secretarios, no se detuvo un momento al entrar la joven, mientras el segundo había continuado telefonando, y el tercero ordenaba algunos papeles. Esta laboriosidad probaba la importancia y la prisa del trabajo. Pero el hombre de negocios había dejado allí sus dictados y cálculos, como un niño abandona su pelota, para interpelar á la mensajera de Ivona con verdadera ansiedad.

—De modo que la desgracia ha llegado... ¿Están arruinados?—preguntó cuando estuvieron solos. Y como Ely respondiera afirmativamente, añadió:

—¿Tenía yo razón? En este tiempo no he visto á la Vizcondesa, ni he pretendido verla. He pensado que por allí andaría Brión. Estaba seguro que usted me haría alguna indicación en el momento oportuno,

á menos... Pero no, no hay duda. Yo sabía que esa niña juzgaría á ese hombre como un abominable *cad*, y que le pondría en la puerta á la primera palabra que se permitiera...

—Ivona ha ido á mi casa temblorosa, indignada por las innobles proposiciones de ese villano.

—¡Ah! ¡Qué merecido se tiene un *punishment!*—interrumpió Marsh, acompañando con un ademán aquella enérgica expresión de boxeador—. Y ¿usted la ha indicado que podía dirigirse á mí? ¿Su marido quiere al fin trabajar?

—Su mujer ha ido á solicitar de mí para Gontrán una plaza de intendente en casa del Archiduque—respondió Ely.

—Yo tengo lo que necesita—respondió Dickie Marsh vivamente—. Un negocio mejor para mí aún que para él, pues profeso el principio de que todo servicio devuelto debe ante todo ser útil al que le da. He aquí mi idea: desde Génova hemos trabajado; hemos fundado en Marionville, entre cuatro, los más importantes, como se nos llama, una Sociedad para la explotación de unos veinte *ranches* arruinados que hemos comprado en Norh-Dakota. Allí tenemos grandes praderas, en las que queremos educar, no bueyes, sino caballos. ¿Por qué caballos? Helo aquí: en los Estados esas bestias no valen nada, mis compatriotas han suprimido esa tontería y esta vanidad: el carruaje. Los caminos de hierro, los tranvías eléctricos y los *cars* con cable les bastan. En Europa, con vuestros ejércitos permanentes, no pasa lo mismo. Dentro de cinco años no sabréis cómo montar vuestra caballería. Nosotros recogemos los caballos

á millares á poco precio. Los engordamos en las praderas; los cruzamos con los garañones sirios. Acabo de comprar, por telégrafo, al Sultán, quinientos.

Dejó el *nosotros* para emplear el *yo*, exaltado por las perspectivas grandiosas de su empresa.

—Obtengo una raza nueva, admirable para el servicio de la caballería ligera. Montaré á todos los húsares, á todos los ulanos, á todos los cazadores de Europa. Todo está calculado; puedo vender mis caballos en París, en Berlín, en Roma, una cuarta parte más baratos que el Estado los paga en Francia, en Alemania, en Italia, en la nación de usted. Pero necesito á alguna persona competente y de confianza para vigilar mis yeguas. He reservado este puesto para Chesý. Le daré quince mil dólares al año, viajes pagados y un tanto por ciento en los beneficios. Dirá usted que cuando quiere uno enriquecerse por el trabajo, preciso es que se empuerque las manos. Es verdad. Pero con el cable estoy al tanto de todo. Chesý es gran inteligente en caballos, y me significa una economía en el negocio. Dentro de diez años puede volver á Europa más rico que antes de los consejos de Brión y sin deberme nada. ¿Aceptaré?

—Está aceptado—respondió Ely—. Esta tarde estoy citada con Ivona. Ella le escribirá á usted.

—Entonces voy á poner un cable á fin de que se apresure la instalación en Marionville y en Silver-City. Tendrán dos casas á expensas de la Sociedad. Yo mismo iré á los Estados para establecerles. En Junio pueden estar allí. Si aceptan, hágame usted el favor de decirle á la Vizcondesa que pasado mañana

partimos para Beyruth en la *Jenny*. Yo les llevaré á bordo. Chesý comenzará en seguida su oficio; impedirá que los beduinos nos vendan algunos matalones en el montón. Voy á escribirle para tratar más á fondo la cuestión.

Después de una pausa, añadió:

—Hay alguien á quien yo querría llevar con ellos...

—¿Quién?—preguntó Ely.

Entre el sentimiento de miseria íntima, de prostración desesperada, de inutilidad para todo, que la enervaba, y la energía del *yankee*, el contraste era muy fuerte. A pesar de su disgusto sentíase aturdida, y olvidaba lo que sabía respecto á las intenciones de Marsh sobre el matrimonio de su sobrina Florencia.

—Pues es bien natural... á Verdier—respondió el americano—. También yo tengo mi policía—añadió con más vivacidad aún—. La admiración y la codicia eran visibles en todo su sér mientras hacía el elogio del preparador del príncipe y de sus inventos—. ¿No le han hablado á usted de esto? Pues verá usted. Usted sabe que el aluminio es el metal ligero por excelencia; pero tiene un defecto: que cuesta muy caro. Verdier ha encontrado un procedimiento para fabricarle por electrolización directa, sin tratamientos químicos, á vil precio, y con este aluminio ha creado un nuevo tipo de acumulador eléctrico quince veces más fuerte, con igual peso que los acumuladores actuales. ¡Ha encontrado el camino de hierro eléctrico! Yo llevo á Verdier á los Estados. Con su invento echamos abajo de golpe todas las Compañías de tranvías de Marionville, de Cheveland y de Búfalo. Esta es la muerte, el fin, la ruina de Jim Davis. Pero usted no

conoce á Davis... Es *mi enemigo*. Usted tendrá algún enemigo en el mundo, alguno con quien luche usted desde hace diez años, quince, en fin, desde que usted ha conocido la vida. Pues ese alguno, para mí es Jim. Todos sus negocios van mal en este momento. Con el invento de Verdier le hundo, y al mismo tiempo se hunde en Ohío el partido republicano.

—Sin embargo, ¡yo no puedo entrar en el laboratorio y hacer que me entregue sus aparatos!—interrumpió la señora de Carlsberg.

No obstante su pena, no pudo menos de sonreír ante aquellas confidencias medio políticas, medio industriales, que se escapaban de los labios de Marsh. Este, con su mezcla habitual de frialdad y de excitabilidad, no perdía de vista su objeto. Acababa de prestar un servicio á la baronesa Ely y le pedía otro.

—No; pero usted puede saber la causa por la que ese mozo está disgustado con Florencia—respondió—. Sabe usted que yo tenía arreglado ese matrimonio en mi imaginación. ¿No se lo ha dicho á usted la niña? Pues se lo digo yo: este matrimonio es admirable; para él la fortuna, para ella la dicha, para mí un instrumento...; y ¡qué instrumento! Todo parecía marchar viento en popa: de pronto se tuerce. Hace cinco ó seis días noto la seriedad y tristeza de Florencia, y la hago hablar, no mucho, pero lo bastante para comprender que en sus amores hay algún contratiempo. Si usted la interroga, podrá usted saber más que yo y podrá usted hablar á Verdier... ¡Vaya! ¿Le parece á usted que, queriéndose como se quieren, esto tiene sentido común? Porque ellos se quieren. Yo encontré á mistress Marsch, á miss Poth,

quiero decir, un jueves en un *bazar*; el sábado éramos novios... Era preciso no perder el tiempo.

—¿De forma que usted quiere que yo pregunte á Florencia la causa de esta tristeza y de este rompimiento? La sabré... ¿Y que yo lo arregle todo? Lo procuraré.

—Eso es, Baronesa—dijo Marsh, que añadió inocentemente—: ¡Ah, si mi sobrina fuera como usted! La tomaría á usted como *partner* en todos mis negocios. ¡Es usted tan inteligente, tan viva, tan *matter of fact* cuando hace falta serlo! En su habitación la encontrará usted. En cuanto á los Chesy, está convenido... Si usted lo permite, voy á poner un cable por ellos...

—Hágalo usted—dijo Ely dirigiéndose al gabinete de miss Marsh.

Para llegar á él tuvo que pasar ante la puerta del que fué su cuarto durante aquella inolvidable noche. Ely entreabrió la puerta con una horrible melancolía. La pequeña estancia, desocupada en aquel momento, ¡tenía un carácter tan impersonal, estaba tan presta á recibir á otro huésped y á proteger otras dichas ú otros disgustos, otros sueños ú otras desilusiones! No era, sin embargo, posible que la emoción experimentada en aquel sitio hubiera desaparecido para siempre. Fuese que por sugestión las palabras de Marsh hubiesen comunicado á la joven algo de su vitalidad, fuese que al llegar á cierto grado de desaliento el alma tiene el instinto de reacción, como el cuerpo que se ahoga el de defenderse, Ely se respondió: «No.» En el umbral de la estrecha estancia que fué su paraíso de un instante hízose á sí misma el ju-

ramento de no rendirse, de luchar por su dicha, de reconquistarla. Fué sólo un instante, pero bastó para que no ofreciese á la curiosidad de Florencia, más perspicaz que la de Marsh, un rostro demasiado triste. Ocupábase la joven americana en pintar. Copiaba una magnífica canastilla de claveles y de rosas, amarillos, casi dorados, los primeros; sangrientas, purpurinas, casi negras, las segundas.

La armonía del rojo y amarillo había seducido sus ojos, á los que agradaban los colores vivos. Su pincel era aún inhábil, pero ella se obstinaba con una energía en la paciencia, igual á la de su tío en sus empresas. No obstante, como mujer era menos firme, y su visible emoción al ver entrar á Ely daba prueba de ello. Había adivinado que la Baronesa, á cuya casa evitaba ir desde hacía algunos días, iba á hablarla de Verdier. No pretendió engañar á su amiga, y á la primera alusión respondió:

—¿Ha sido mi tío el que la ha enviado á usted como mensajera, verdad? Tiene razón. Lo que no he podido, lo que no he querido decirle á él, se lo diré á usted. Es verdad. He reñido con el señor Verdier porque he sido indignamente calumniada y me ha creído culpable... Esto es todo lo sucedido.

—Y ha sido el Archiduque, ¿no es cierto?—preguntó la señora de Carlsberg después de un instante de silencio.

—Todas las apariencias están contra mí—respondió Florencia, sin responder directamente á la pregunta de la Baronesa—; pero cuando se tiene fe en una persona, nada deben significar las apariencias. ¿No lo piensa usted así?

—Pienso que Verdier la ama á usted... —respondió Ely—, y que en todo enamorado se esconde un celoso... Pero ¿qué ha sucedido?

—No se puede amar lo que no se estima—dijo vivamente la joven—, y no se estima á una mujer á la que se supone capaz de ciertas complicidades. Usted sabe—continuó con una cólera cada vez mayor, y que probaba lo mucho que había sentido la ofensa— que Adriana y su marido han alquilado una quinta en el Golfo Juan. He acompañado á Adriana, y el señor Verdier lo ha sabido. ¿Cómo? No me extraña mucho, pues una ó dos veces, cuando hemos ido allí á la hora del té, me ha parecido reconocer en los alrededores el rostro del señor Laubach. Y ¿sabe usted lo que el señor Verdier se ha atrevido á pensar de mí, de una americana, lo que me ha reprochado? Que yo apadrinaba una intriga entre Adriana y Corancey; una de esas infamias que llamáis relaciones ilícitas...

—Pero usted podía haberse justificado muy fácilmente—interrumpió Ely.

—No podía hacer traición á Adriana—respondió Florencia—; habíala prometido guardar un secreto absoluto; y no he querido que me autorizase para declarar la verdad; primero, porque yo no tenía ese derecho, y además...—y su rostro expresó toda la altivez de su honor herido—porque yo no me defiende contra la sospecha. He dicho al señor Verdier que se engañaba. No ha parecido que me creía..., y todo ha concluído entre nosotros...

—De forma—dijo Ely—que acepta usted la idea de no casarse por orgullo, por rabia, por no darle una explicación tan sencilla. Pero si él viene aquí, al bar-

co de su tío de usted, para suplicarla que le perdone lo que ha pensado, mejor dicho, lo que ha creído pensar; si hace más que esto, si la pide su mano ¿le responderá usted que no y que todo ha terminado entre ustedes?

—No vendrá—dijo Florencia—. Ya han pasado ocho días, y me hubiera escrito, hubiera intentado algo. ¿Por qué me habla usted así? Va usted á menguar mi ánimo, y, créalo usted, tengo gran necesidad de él...

—Es usted una niña, Florencia—dijo Ely abrazándola—. Algún día sabrá usted que no se tiene ánimo contra aquel á quien se quiere y por el que se es querida... Deje usted esto á mi cargo... Esta noche todo habrá terminado.

Dijo estas palabras de exhortación y de esperanza con un acento amargo que Florencia no conocía en ella. Al escuchar á la joven el relato de aquella cuestión tan baladí que la separaba de Verdier, había experimentado la sensación más viva de su propia miseria. Aquel regaño de los dos enamorados era la disputa de una niña—como había llamado á miss Marsh—con otro niño, y por comparación, había pensado en su rompimiento con Pedro y en lo que entre ellos había de amargo, de terrible, de inevitable. Ante la hermosa altivez de la americana, inocente y calumniada, había comprendido cuán duro es ser acusada justamente, y tener, ó que sentir, ó confesar su vergüenza, implorando compasión. Al mismo tiempo experimentó una verdadera indignación contra los procedimientos de espionaje empleados por el Archiduque para vencer á Verdier. Encontraba en

aquello lo que desde la víspera la llenaba de odio contra Olivier; esa unión del hombre con el hombre, esa amistad celosa del amor, hostil á la mujer, persiguiéndola por todos los medios, á fin de preservar de ella al amigo. Ciertamente, el afecto que el Príncipe sentía por su colaborador no era semejante al que Pedro profesaba á Olivier y Olivier á Pedro, sino más bien el afecto de un sabio por su compañero de laboratorio, de un maestro por su discípulo, casi de un padre por su hijo. Pero esta amistad, toda intelectual, no era, á su modo, menos apasionada que la otra, y al ponerse en campaña para herirla, como lo hizo tan pronto como abandonó á la *Jenny*, la señora de Carlsberg sintió el alivio de una especie de personal desquite. ¡Pobre desquite, que no la impidió, al través de sus pasos para la dicha de otra, tener el alma menos llena de la desesperación de su propia dicha perdida! Su primer cuidado después de su conferencia con Florencia, fué correr á la quinta que Adriana ocupaba en el camino de Frejus, en el otro extremo de Cannes. No le fué preciso que pidiese nada á la generosa italiana. Apenas supo ésta lo que sucedía, dijo:

—Pero ¿por qué no ha hablado Florencia? ¡Pobre criatura! Yo comprendía que desde hace algunos días la sucedía algo. Y ¡era esto! Quiero ir en seguida á su casa de usted y ver á Verdier, al Príncipe, y declararles la verdad. Es menester que sepan que Florencia no se ha prestado á nada malo. Además, me molesta ya mucho ocultarme siempre, mentir siempre. Voy á declarar mi matrimonio hoy mismo. No